

Redes de apoyo para los niños inquietos, distraídos y con bajo rendimiento escolar

Palafox Guarnero, Mónica Lorena

2017

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/3966>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>



Ilustración: Rúbricas/PB

☐ **Mónica Palafox Guarnero.** Maestra en Psicología. Coordinadora de los Posgrados en Psicología de la Universidad Iberoamericana Puebla. Responsable de la clínica Orientación, Psicoterapia y Aprendizaje Significativo, OPTA, de la misma Universidad.

El riesgo de no emplear una comunicación clara y directa hará que el niño se perciba como una persona poco inteligente, puesto que a pesar de que dedique mucho tiempo a sus tareas escolares, las calificaciones no corresponden a su esfuerzo.

Resumen

Una situación, en la cual un niño en edad escolar, con una capacidad intelectual medida a través de instrumentos estandarizados para la población infantil en México, presenta conductas que no favorecen su aprendizaje escolar, requiere una explicación clara de sus padres, maestros o especialistas, quienes conformarán una red de apoyo que permita al niño entender qué se espera de él, en lugar de recibir mensajes ambiguos como “pórtate bien”, “cuando quieras, puedes”. El riesgo de no emplear una comunicación clara y directa hará que el niño se perciba como una persona poco inteligente, puesto que a pesar de que dedique mucho tiempo a sus tareas escolares, las calificaciones no corresponden a su esfuerzo.

Palabras clave: niños, familia, redes de apoyo, límites.

Caso

Juan es un pequeño de 6 años con grandes ojos café brillante, de compleción delgada, su sonrisa muestra la falta de dientes propia de su edad. Viste una playera de su héroe favorito y su cabello está algo despeinado a pesar de que se nota un exceso de gel. Lo acompaña su mamá, como en cada sesión, y después de cuatro reuniones con ella se acordaron las estrategias para el manejo de “límites”, es decir, facilitar que el niño comprenda hasta dónde puede llegar con su comportamiento y saber claramente qué se espera de él y qué pasará si no respeta esos límites.

En esta sesión ha llegado el momento de platicar con él, asegurándonos de emplear un lenguaje claro que le permita entender que es tan capaz como sus compañeros y que cuenta con una red de apoyo conformada por las personas que lo quieren, como sus padres, abuelos, hermanos, maestros, compañeros, consejera, psicólogo, pediatra, neurólogo y pidiopsiquiatra.

Lo saludo, como en cada acercamiento, y le pregunto ¿cómo ha estado? Juanjo, muy contento, me responde ¡bien! Lo invito a pasar a la sala, donde se encuentra una mesa bajita para asegurar que sus pies descansen en el piso. Invitamos a su mamá para que juntas le expliquemos, con apoyo de un libro, que existen niños muy inteligentes, pero al contar con un cerebro que trabaja muy rápido, a veces responden antes de que se termine la pregunta; olvidan llevar o entregar la tarea debido a que hay actividades a las que en ese momento le prestan mayor atención; pierden el lápiz o los lápices de colores la primera semana de clases; regularmente, la lonchera y el suéter los encuentran en el salón de objetos perdidos, entre otros hechos. Durante la plática da la impresión de que escucha, pero el movimiento de sus ojos hacia distintos lados lo delatan. Cuando le pregunto si algo de eso le ha sucedido o si conoce algún niño al que le pase lo mismo, él responde que no. Continuamos apresuradamente con la revisión del relato que está en el libro, por la preocupación de que no pueda sostener por más tiempo su atención.

¿Por qué es necesario que un niño comprenda el origen de sus dificultades? En mi experiencia, la mayoría de los menores que experimentan esta condición de vida, no reciben una explicación de sus padres, maestros o especialistas. Lo preocupante de esta falta de información es que, como cualquier persona, el niño tenderá a interpretar qué sucede según sus vivencias, por lo que llegará a pensar que es poco inteligente, dado que a pesar de que dedica mucho tiempo a sus tareas por la tardes, sus calificaciones no corresponden a su esfuerzo, e incluso debe terminar en casa los trabajos que durante la mañana no concluyó, sus calificaciones no son como las de sus compañeros, su letra ni siquiera él la entiende, motivo por el cual constantemente su mamá le pide que borre lo que tanto trabajo le ha costado, o le arranca la hoja para que repita el ejercicio. Sin embargo, no es extraño que escuche frases como: “cuando quieres, puedes”, “otra vez con lo mismo”, “lo único que tienes que hacer es estudiar y no lo haces”, “todos los días son quejas del colegio”, “presta atención”, “deja de platicar en clase”, “pórtate bien”.

En este contexto resulta imprescindible que el menor cuente con una idea lo más concreta posible de qué sucede, con la intención de que tenga la oportunidad de reestructurar la imagen que de él se ha formado con base en lo que otros dicen y contribuir con quienes conforman su red de apoyo, además de convertirse en un agente de su propio cambio.

La familia

A este grupo se le puede entender como la red de apoyo donde se espera, *idealmente*, que el niño o niña se desarrolle de forma armónica:

- La autoestima de cada uno de sus miembros y el respecto de los demás
- La comunicación directa y sincera entre sus miembros
- Las normas claras, humanas y flexibles, apropiadas y sujetas a los cambios del ciclo vital de la familia
- Las relaciones entre sus miembros y hacia el exterior; abiertas y basadas en la confianza mutua y el respeto
- Valores, opiniones y actitudes comunes
- Los papeles acorde a su género
- La forma en la que habrán de involucrarse afectivamente los miembros de la familia
- El modo cómo han de expresarse las emociones
- Las reglas del comportamiento.

En este contexto debería crecer un niño. Sin embargo, los padres, ante el comportamiento “irregular” de su hijo, adoptan diversas actitudes no acordes con el desarrollo armónico de éste a consecuencia de la ruptura de sus expectativas, ya que nunca imaginaron que su hijo(a) mostrara comportamientos “negativos”.

Aunque no es posible generalizar acerca de los resultados del bajo rendimiento escolar y los problemas de conducta del niño, una familia puede mostrar efectos tanto positivos como negativos en la relación matrimonial.

El proceso de los padres para adaptarse a los comportamientos del hijo puede resumirse de la siguiente manera:

Confusión: no entienden el comportamiento de su hijo. Les resulta difícil asimilar la información que les dan en el colegio, sus compañeros del aula y el resto de la familia extendida

Negación: aceptan recibir la información que les brindan los profesionales acerca de su hijo, pero niegan su validez y buscan otras opiniones, o nuevas “curas”

Regateo: algunos padres suelen discutir con las personas que les brindan información acerca de sus hijos, incluso expresan enojo, ejercen presión o exigencias de atención a los profesionales o a los miembros de la familia para que hagan algunas concesiones en el tratamiento del problema

Depresión: pueden volverse tristes y retraídos al pensar que no se cumplirán sus expectativas en relación con el futuro académico de sus hijos

Culpabilidad y vergüenza: generalmente, experimentan fuertes sentimientos de responsabilidad asociados con el bienestar de sus hijos

Aceptación: la familia puede reintegrarse y aceptar la realidad de la dificultad de su hijo.

En cuanto los miembros de la familia logran la aceptación están preparados para colaborar con la escuela y forman redes de apoyo que permiten un desarrollo armónico del niño. También se muestran dispuestos a hacer un frente común con los docentes y especialistas para el establecimiento de límites firmes y claros.

La paternidad

Ser padre es una profesión demandante, exige atención esmerada en la educación de los hijos y, por lo tanto, es trascendente.

La paternidad no significa proporcionar una dosis considerable de castigo: “porque mis padres así me educaron y mira qué bien estoy”, dirán algunos, o permitirle a los hijos hacer todo lo que deseen, aun si esto pone en riesgo su integridad física. Ambas posturas opuestas acarrear serias consecuencias.

La paternidad implica:

1. Enseñar a los hijos a decidir y ser responsables de su conducta
2. El padre requiere aprender la forma de ayudar a sus hijos
3. Ayudar a liberar al hogar de tensiones al resolver problemas específicos

4. Cuando el niño aprende estrategias para autocontrolar su comportamiento, impacta a las personas que conforman las redes de apoyo; por consiguiente, la forma cómo se relacionan con él se modifica para facilitar la manera cómo se percibe el menor.

En este sentido, el establecimiento de los límites puede considerarse como la estrategia basada en los principios del aprendizaje, que *sólo es posible* si los padres y personas que los rodean *se comprometen consigo mismo* a actuar de forma sistemática y ordenada, con base en tres procedimientos básicos: 1. Ser claros en lo que se espera que realice el niño. 2. Conocer la frecuencia con la que se emite el comportamiento no deseado. 3. Identificar las palabras o actividades que regularmente serán consecuencia de aquellos comportamientos que esperamos presente con mayor frecuencia e ignorar aquellas conductas que no contribuyan a una convivencia armónica con la red de apoyo.

Un aspecto importante de abordar es la manera cómo se afecta la relación entre hermanos, puesto que la atención de los padres se centra en el niño que tiene una forma diferente de aprender y comportarse. Pertenecer a una familia de estas características, crea retos que otras tal vez nunca confronten; algunos de estos retos pueden provocar sentimientos encontrados entre los demás hermanos a causa de la injusta distribución de la atención paternal y maternal.

Ante esta situación, muchas personas han reportado preocupaciones, ya que los hermanos logran la atención de sus progenitores a través de conductas disruptivas, o adoptando actitudes y sentimientos (como la culpa), pues desearían no tener un hermano con quien compartir el cariño de los padres, por lo tanto, no es raro que se generen actitudes compensatorias para lograr su atención.

La vergüenza es otro sentimiento que surge ante las constantes quejas de los maestros e, incluso, el temor de que el trato pueda generalizarse hacia ellos. Otros se aislarán, al creer que son únicos y que nadie más siente lo mismo con respecto a tener un hermano con un comportamiento diferente.

A su vez, el cuidado del hermano les puede resultar fastidioso, en el caso de que les sea solicitado en forma excesiva, por lo que se convierte en una “carga”, puesto que interfiere en sus actividades.

Por lo anterior, es importante proveer información a los hermanos, como parte de la red de apoyo, sobre los motivos del comportamiento, cómo los afecta, además de la forma cómo pueden contribuir en la relación familiar.

Comunicación

Con frecuencia, padres y maestros se sienten frustrados porque los niños no “hacen caso”, o no siguen instrucciones. A menudo esto ocurre por los estilos de comunicación que se adoptan. Por lo consiguiente, se enlistan algunas sugerencias que pueden ser de utilidad:

- Ser claro y preciso usando una sola instrucción que explique qué se espera que haga el niño. Estas instrucciones deben ser estructuradas y explicadas por pasos. Por ejemplo: “Haz los ejercicios del 1 al 10, de la página 39, del libro de matemáticas”, en lugar de decir: “Ponte a trabajar”
- Antes de dar una instrucción, asegúrese de que el niño esté prestando atención
- Colóquese frente a él, ponga la mano sobre su hombro y mírelo a sus ojos, para posteriormente solicitarle que explique, con sus propias palabras, la instrucción antes de realizar la actividad
- Acepte y exprese los sentimientos que las actitudes de su hijo le generan, aunque sean “malos”. La realidad es que todos cobijamos sentimientos que “no se supone” que tengamos, como hostilidad, culpa,

- miedo, celos, envidia y resentimiento, entre otros. Aunado a esto hay que enseñarle la diferencia entre sentir y actuar. Los sentimientos, como el enojo, son aceptables, mientras que actos como pegar, no lo son. Se sentirá menos culpable si sabe que tener “malos” sentimientos no quiere decir que él sea malo
- Solicite que refleje sentimientos, comentándole al niño que lo observa enojado, triste, asustado, etcétera
- Escúchelo y converse con él, más que preguntar y exigir explicaciones
- Usar estrategias de solución de problemas donde el mismo niño genere soluciones y analice las consecuencias de cada una de sus propuestas.



Con frecuencia, padres y maestros se sienten frustrados porque los niños no **“hacen caso”**, o no siguen instrucciones. A menudo esto ocurre por los estilos de comunicación que se adoptan.

Fotografía: tes.com

Las consecuencias positivas y negativas

El manejo de las consecuencias positivas y negativas permite al niño aprender, poco a poco, la necesidad de asumir responsabilidad por sus actos, explicando aquellas positivas (privilegios) o negativas (pérdidas) que él ha decidido como resultado de romper las reglas. En conclusión, los padres y maestros no son seres castigadores, sino una red de apoyo.

Las consecuencias positivas no solamente tienen el efecto de motivar, sino de proveer la información de que el comportamiento llevado a cabo es el que propicia una convivencia armónica entre los miembros del grupo.

Estructurar y organizar, en términos generales, facilitan establecer rutinas en la casa o en la escuela, y le permitirán al niño tener autocontrol.

Establecer prioridades en los cambios de comportamiento disminuye la posibilidad de pretender modificar de inmediato todas y cada una de las conductas inadecuadas del niño, y sentirnos abrumados, lo que generará un rotundo fracaso.

Definir las conductas deseadas a través de la descripción de lo que se espera que el niño realice es muy importante, por ejemplo, pídale: “Camina por el pasillo” vs. “No corras por el pasillo”.

Si aplica una medida correctiva ante conductas negativas, alterne con el reconocimiento de conductas apropiadas, de otra manera obtendrá como resultado, enojo y desesperanza en el niño.

Piense muy bien las medidas que promete aplicar ante las conductas negativas del niño, ya que de no hacerlo, usted se resta autoridad y obtendrá como resultado:

- El niño se portará mal, cuando usted no esté presente
- Ante su presencia pueden desarrollarse reacciones de temor en su hijo, aunado a conductas desagradables que se irán incrementando paulatinamente. Una rara combinación de conductas retadoras y temerosas
- Un niño miedoso se vuelve más errático y cometerá más acciones que a usted le desagradan
- Algunos niños, no todos, generan un sentimiento de desprecio hacia la persona que aplica las medidas correctivas
- Se incrementan las respuestas agresivas del niño, si el adulto ha enseñado que agrediendo se arreglan las cosas. Un ejemplo de ello es que los padres golpeadores han sido hijos golpeados
- El padre se siente culpable y, para reparar el daño, cede. El resultado es una educación inconsistente
- El castigo es una técnica para hacer que disminuya una conducta, no la aplique como consecuencia de las conductas apropiadas de su hijo. Por ejemplo, regañarlo cuando hace la tarea, cuando lo que quiere es que incremente ese buen hábito. Busque el mínimo acierto en el trabajo de su hijo y hágale saber lo bien que lo hace, de esta forma estará recompensando, con su atención, lo que realmente desea incrementar en el comportamiento del niño
- Para que su hijo interiorice las conductas deseadas (tenga buenos hábitos) durante las primeras dos o tres semanas del programa hágale saber que lo hace bien, cada vez que así lo haga. Para mantener estos buenos comportamientos, *espacie muy lentamente* los reconocimientos; el lunes es el día del reconocimiento, el martes no, el miércoles sí, el jueves no, el viernes sí, el sábado no. La siguiente semana: lunes sí, martes y miércoles no, etc. No sea predecible para su hijo.

Ser un miembro de las redes de apoyo requiere de estrategias tan constantes como cuando se tiene la rutina de acudir al gimnasio.